

dos unidades enemigas llegaron al río. Habían tomado por el más alto de los dos caminos inferiores. Cruzaron junto a la escuadra de Teruel, quien había cumplido sus instrucciones y los dejó pasar sin molestarlos y sin descubrirse. Esa noche, los guardias establecieron su campamento en El Colmenar, a unos 200 metros apenas de la posición donde Paz los esperaba con los ojos bien abiertos y los nervios en tensión. Las tropas del Ejército durmieron mientras los hombres de Paz vigilaban, con la seguridad de que al día siguiente se entablaría el combate.

A las 11:00 de la mañana del día 19, Quevedo reinició la marcha y realizó entonces el movimiento que tomó por sorpresa a Paz, Cuevas y los demás jefes rebeldes. En lugar de continuar río arriba o río abajo, cruzó y comenzó a subir por el camino de La Caridad, con lo que dejó a un lado y otro las dos fuertes emboscadas. La amenaza planteada por esta maniobra era gravísima: si la tropa enemiga lograba coronar el alto de La Caridad, no tendría dificultad alguna para bajar del otro lado hasta el río La Plata, a la altura de El Naranjal, lo cual hubiese significado para el enemigo salir por la retaguardia de las fuerzas rebeldes estacionadas en la playa de La Plata y ocupar una posición en la profundidad del territorio rebelde.

En cuanto Paz se percató de la maniobra realizada por el enemigo, hizo una rápida evaluación del peligro planteado y decidió correctamente que era necesario tratar de interceptar a los guardias antes de que alcanzaran el alto. La única solución era lanzar a sus combatientes a toda carrera loma arriba y a monte traviesa, a lo largo de una ruta aproximadamente paralela a la del enemigo, en una feroz prueba de resistencia física. La orden fue que los de más fortaleza llegaran antes que los guardias a algún punto del camino donde se pudiera preparar una emboscada, y comenzaron a combatir en cuanto hicieron contacto con el enemigo, mientras iba llegando el resto del pelotón. No había tiempo ni posibilidad de planificar nada más, ni siquiera de informarme lo que ocurría ni de avisar a Cuevas y a Teruel.

Esa presencia de ánimo, esta energía y decisión de Paz, y la disciplina, el arrojo y la combatividad de sus hombres, salvó la situación sumamente peligrosa producida. A toda velocidad, en una agotadora ascensión rompiendo monte, por un trayecto más largo y más pendiente, el propio Paz, Ango Sotomayor —su segundo al mando—, Hugo del Río y otros cinco o seis combatientes lograron salirles adelante a los guardias y ocupar una primera posición en un recodo pedregoso del camino, a unos 200 metros del alto. Apenas dos horas después de la orden de Paz, el pelotón completo estaba reunido de nuevo, y la emboscada comenzaba a ser debidamente preparada.

El enemigo, mientras tanto, había llegado a las casas de La Caridad poco después del mediodía. Los combatientes del pelotón de Cuevas que permanecieron allí custodiando las mochilas, intercambiaron algunos disparos con la vanguardia enemiga y se retiraron monte arriba. La impedimenta rebelde fue ocupada por los guardias. Saquearon las mochilas, ocuparon los abastecimientos y dieron candela a todo lo demás. Sin embargo, esa tarde no avanzaron más y establecieron su campamento allí, lo cual permitió a Paz preparar con más calma su emboscada durante toda la noche.

La ocupación de las mochilas del pelotón de Cuevas fue algo que ocurrió muy pocas veces a una tropa rebelde durante toda la guerra. Semanas más tarde, en Jigüe, a algunos de los guardias capturados allí se les ocuparon uniformes y otros efectos pertenecientes a los integrantes de este pelotón rebelde.

Mientras tanto, Cuevas, en la playa, conoció del movimiento enemigo, de la destrucción de su cocina y la ocupación de las mochilas de sus hombres, por las noticias que le llevó, en el acto, algún enlace campesino. Envío de inmediato un mensaje a Pedro Miret, quien me lo transmitió a las 2:00 de la tarde. Yo lo recibí esa misma noche, y la noticia se sumó al resto de los hechos desfavorables ocurridos durante todo el día. Recuérdese, en efecto, que este mismo "Día-D" el enemigo, además de penetrar desde el Sur hasta La Caridad, inició con éxito su avance hacia las Vegas de Jibacoa en el

frente noroccidental, y por el nordeste logró llegar a Santo Domingo.

Como era lógico, Pedro Miret tuvo muy poca información de lo ocurrido, y su primer mensaje era bastante preocupante. En la nota recibida de Cuevas, este decía, naturalmente alarmado, que los guardias iban en dirección al río La Plata y que no tenía noticias de Paz. "Parece que los guardias se están moviendo hacia el Naranjal", me escribió a su vez Miret: "Ya pasaron el río de Palma Mocha y siguieron por la Caridad. No sé qué ha pasado con Paz".

Pedrito sugería en su mensaje retirar a Cuevas de la posición que ocupaba en Palma Mocha y ubicarlo en el camino que subía por el río La Plata desde la costa, encima del campo de aviación en la boca de Manacas, para cubrir, además, un camino que bajaba hacia allí del alto de La Caridad. Proponía también acelerar el traslado de su gente hacia Puralón, e informaba que iba a situar algún personal río arriba para evitar una sorpresa por la retaguardia. Todas estas medidas parecían acertadas, aunque, en realidad, la decisión más precisa habría sido cubrir con la tropa rebelde de la desembocadura de La Plata los dos caminos que bajaban del alto de La Caridad a El Naranjal, y desde este punto hasta el río, y ordenar a Cuevas o a las unidades rebeldes situadas al Oeste que ocuparan la posición en la playa y la desembocadura del río.

Por las noticias que trajo el mensajero portador de la nota, me percaté enseguida de lo ocurrido: el enemigo eludió la trampa que le teníamos preparada y se escurrió entre las dos emboscadas. Lo que más me preocupaba era no haber recibido noticias de Paz, y que las fuerzas de Quevedo no estuviesen ni siquiera localizadas con exactitud.

La situación era extremadamente peligrosa. Hasta ese momento mi atención había estado concentrada en conjurar el peligro más inmediato que planteaba la penetración de Sánchez Mosquera en Santo Domingo, y seguir con inquietud los acontecimientos en el frente de las Vegas de Jibacoa. Ahora todo eso debía pasar a un segundo plano ante la urgencia de tomar las disposiciones necesarias en el frente sur. Y, en situación tan difícil, contaba en La Plata, por toda reserva, con el fusil y las minas que ya mencioné.

Pero aun en estas complejas circunstancias, no podía perderse la cabeza. Lo más urgente era ubicar la fuerza enemiga y la posición de Paz, y así lo primero que hice fue despachar un mensajero con la misión de que localizara a Paz y le llevara nuevas instrucciones. En el caso de Cuevas, era obvio que si los guardias lograban coronar el alto de La Caridad, el mantenimiento de su posición dejaba de tener sentido. Por el mensaje que Cuevas le había enviado a Pedrito, se sabía que aún estaba posicionado en la desembocadura del río Palma Mocha. Por otra parte, la presencia de Cuevas en la zona de Santo Domingo era importante para reforzar ese otro frente tan peligroso. De hecho, antes de conocer todos estos acontecimientos en el Sur, yo le había solicitado a Paz que me enviara con urgencia la escuadra de Cuevas, con la intención de utilizarla en Santo Domingo, donde estaba en ese momento la amenaza principal.

Igualmente, si la información recibida resultaba cierta, las fuerzas de Pedro Miret tenían que replegarse de inmediato hacia El Naranjal, no solo para evitar que quedaran del otro lado del enemigo, sino además para organizar una defensa más concentrada del territorio de La Plata. En el mismo sentido, las líneas defensivas del sector más occidental —El Macho, El Macío, La Habanita, Cienaguilla, Cayo Espino— debían ser replegadas también. Las de la costa ya no tenían sentido mantenerlas con el enemigo posicionado en el curso superior del río La Plata.

En este mismo sentido, mi segunda preocupación en ese momento era la necesidad urgente de reconcentrar las defensas en torno a las instalaciones de La Plata. Recuérdese el mensaje que le envié al Che la noche del 19, citado en un capítulo anterior, en el que lo puse al tanto de la situación, del peligro que representaba la presencia de una tropa enemiga no localizada, y del riesgo de perder el territorio y toda la infraestructura que habíamos logrado crear con tanto sacrificio —el hospital, la planta de radio, los almacenes de víve-

res y parque, los talleres, en fin, todo—, y le reiteré: "El problema esencial es que no tenemos hombres suficientes para defender una zona tan amplia. Debemos intentar la defensa reconcentrándonos antes de lanzarnos de nuevo a la acción irregular".

Siempre quedaba la alternativa de la guerra irregular con la fuerza multiplicada varias veces y mejores armas, pero sería muy alto el costo de arriesgar el tiempo histórico de la Revolución y el de perder las instalaciones creadas.

Estaba decidido —y así se lo hacía saber al Che— a mantener sin variación alguna la estrategia que estábamos siguiendo mientras quedara una esperanza de conservar en nuestras manos el territorio de La Plata.

En ese mismo mensaje comunicaba al Che que debía concentrar el personal de Crescencio en el sector occidental del territorio más amenazado. Este redespiegue significaría el abandono de la costa al oeste de La Magdalena y de toda la zona de La Habanita, pero permitiría consolidar la defensa del sector occidental a partir de Minas de Frio.

La infiltración del enemigo planteaba una situación que no admitía alternativa: la fuerza rebelde en la boca de La Plata quedaría prácticamente en la retaguardia enemiga. Sobre la base de las informaciones recibidas hasta ese momento, la retirada de esa fuerza era imperativa, y así se lo hice saber a Pedro Miret en un mensaje en el que trataba de infundirle un poco del optimismo, que yo estaba tratando de conservar, a despecho de los acontecimientos: "La situación es difícil pero hay que conjurarla". La realidad es que en ese momento no parecían quedar muchas opciones viables. Sin embargo, una vez más quedaría demostrado que, tanto en una guerra como la que desarrollábamos, como en cualquier lucha, aun la situación al parecer más desesperada puede tener una salida si se conserva la serenidad y no se pierde la voluntad de pelear.

En La Caridad, esa noche, todo permaneció estable. Los guardias acamparon en la casa del campesino Graciliano Hierrezuelo y en otra más cerca del alto, a menos de 600 metros de la emboscada de Paz. Pero todavía yo no sabía nada de esto. Entre la incertidumbre de lo que estaba ocurriendo en el Sur, la preocupación por la presencia de la tropa enemiga llegada a Santo Domingo, y la irritación por lo que consideraba una actuación muy deficiente de los combatientes que defendían el frente de las Vegas, no sería exagerado decir que esa fue una de las peores noches de todas las que pasé en la guerra.

A eso de las 10:00 de la mañana del día 20 fue cuando recibí el mensaje de Paz en el que me informaba de la emboscada tendida cerca del alto de La Caridad. La noticia me tranquilizó un poco, pero mantuve mi decisión de mandar a retirar a Pedro Miret de la desembocadura de La Plata. Por otra parte, me fui dando cuenta de que si los guardias lograban alcanzar El Naranjal no era tan grave la situación, pues sería muy difícil que pudieran continuar avanzando o siquiera salir de ese lugar.

En La Caridad, el enemigo comenzó a avanzar poco después del amanecer del día 20, y alrededor de las 9:00 de la mañana hizo contacto con la emboscada de Paz. En el fuerte tiroteo que se produjo, los guardias utilizaron todo lo que tenían, pero tras media hora de combate el enemigo se replegó a su punto de partida. Durante todo el resto de la mañana los morteros se mantuvieron disparando contra la sólida posición rebelde.

En esa ocasión, un mortero hirió gravemente a dos combatientes rebeldes: Fernando Martínez y su hijo Albio, recién incorporados a la tropa. El primero moriría allí mismo, mientras que el segundo sería trasladado hasta el hospital de Martínez Páez, en Camaroncito, cerca de La Plata, pero todos los esfuerzos por salvarlo resultaron inútiles.

Poco después del mediodía recibí la información de Paz acerca de este primer combate y del rechazo del enemigo. La acción decidida de Paz aclaró considerablemente la situación. Ahora lo que importaba, ante todo, era impedir que los guardias siguieran avanzando en la dirección que habían tomado. Partiendo de la premisa de que Paz mantendría su posición y lograría rechazar definitiva-